

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año IX

Mahón 14 de Diciembre de 1933

Núm. 553

La herencia inesperada (VA DE CUENTO)

Un señor llamado Pedro, paseando por el Paseo de Colón, se fijó en un muchacho de unos quince años que iba de un lado a otro, diciendo a los transeuntes si querían que les limpiase los zapatos. Como el día anterior había llovido, el buen señor llamó al muchacho, y sentándose en un banco del Paseo, se hizo limpiar los zapatos.

—Hace tiempo que haces este oficio?—preguntó mientras el muchacho trabajaba.

—Dos semanas; desde que murió mi padre. ¿Cómo mi madre tiene que cuidarse por los hermanitos?

—¿Cuántos hermanitos tienes?

—Cuatro y dos hermanas.

—¿Y todos los mantienes con el dinero que ganas tú solo?

—No soy solo. Mi hermana grande hace de dependienta en un estanco.

—¿Dónde vives?

El muchacho le dijo donde vivía, y el señor Pedro le prometió visitar a la pobre familia y ayudarles.

Así lo hizo. La pobre viuda le explicó que su marido había sido carabinero, pero que había muerto demasiado temprano para poder mantener a sus hijos y a los dos grandes que no sabía de donde llevar el pan para tantos.

—No se preocupe, señora—le dijo el señor Pedro—. Yo procuraré arreglarlo. De momento dió una buena cantidad de dinero a la pobre mujer, y a los dos días después volvió con la buena noticia de que iba a conseguir un estanco, por medio de la buena amistad que tenía y valiéndose del hecho de que el marido fue carabinero. Su hija ya debe saber cómo va esta clase de trabajo, y su hijo puede ponerse a limpiar zapatos en la misma tienda, y no tendrá que ir a correr por las calles de esta manera.

—Sí, pero, ¿cómo puedo establecer yo un estanco con el dinero que se necesita?—exclamó la pobre mujer.

—Les prometí que cuando muriese les daría el estanco.

El señor Pedro había muerto. Sus herederos, dos sobrinos, esperaban que muriese para cobrar la herencia, se pusieron en seguida a vender todo lo que su tío había dejado y liquidar todos los créditos para repartírselos. Se presentó un procurador en el estanco de la pobre mujer y reclamó lo que les había dicho el señor Pedro.

Con lo que le dijo el procurador, la pobre mujer no tuvo otro remedio que vender el estanco para poder pagar lo que le exigían. Y su hijo tuvo que ir a correr cal es con la caja de iustre y cepillos.

Era un día que habiendo hecho muchos pares de zapatos, llevaba en el bolsillo mucho dinero y pasó por casualidad por delante de una tienda de un trapero y vió un retrato del señor Pedro: el niño decidió comprarlo. El tra-

pero le pidió un duro. Llevaba el dinero justo. Muy contento se llevó el precioso retrato a su casa. A su madre le gustó mucho que lo comprara.

—¡Ah! ¡Si viviese, no nos veríamos así! ¿Dónde lo colocaremos, madre?

—Al comedor, para verlo siempre. Tráelo, que lo limpiaré, podría ser que en casa del trapero hubiese cogido polvo.

Al ir a deshacer el cuadro para limpiarlo, tuvieron una agradable sorpresa. En medio de la tela de la pintura y la madera había una gran cantidad de billetes de mil pesetas muy bien puestos... más de cincuenta. Y también había una carta que decía:

«Si mis sobrinos no se preocupan por este retrato, y como sé que lo comprará alguno que se interese por mí, le dejo este dinero.—Pedro Palladí»

Antes de terminar, dedicó un afectuoso saludo a los queridos lectorcitos.

CARMEN VILA

Lo que no deben hacer los niños

—¿Qué te pasa? Estás pálido y nervioso, ¿qué hay?

—Tengo, que hice ayer una pillá y entoyavía la estoy pagando. ¡Me duele más la cabeza!

—¿Qué hiciste? Háblame claramente.

—No crea usted que es tan fácil la claridad, cuando le da a uno vergüenza hablar.

—¿Tan gordo es el asunto que te sientes tímido? Pero... ¿no habíamos quedado en que eres todo un hombre?

—Claro. Lo que me acaba usted de decir, me anima. Después de to, sólo los hombres hacen lo que yo hice... Figúrese que me fumé un cigarrillo puro que le bñiré a mi abuelo, y me puse tan malo, tan malo, que cuando no eché las tripas por la boca, no las echo nunca. ¡Y entoyavía no estoy bien!

—Hiciste el mayor de los desatinos. Aún las personas mayores procuran fumar lo menos posible, convencidas de que el tabaco es un veneno terrible. ¿Tu no oiste nunca hablar de la nicotina?

—Sí, señor, pero también oí decir que poco veneno no mata... Y unos cigarrillos, no puen hacer mucho mal. Si se tratara de fumarse un estanco...

—No sabes lo que te dicen. La nicotina mata poco a poco, fumando con moderación; pero mata al fin.

Lo que sucede, es que la muerte no sobreviene con rapidez, porque el uso constante del tabaco habilita a esta intoxicación, y como todos los venenos, se tolera por el organismo, siempre que se tome en dosis pequeñas y progresivas; así, se llegan a tolerar cantidades enormes. Tienes bien claro el ejemplo en los morfínomanos y arsenicófagos. De ahí que el primer cigarrillo nos sepa tan mal. ¡La naturaleza se resiste a soportarlo! ¿Qué te lo pregunten a ti, ¿no?

—Diga usted: ¿y qué es la nicotina, de la que tanto habla la gente?

—Un alcaloide.

—¿Y qué es eso?

—Una sustancia muy energética, que trastorna el organismo. ¿A delante? Pues bien, así este alcaloide se encuentra, conque el tabaco posee un aceite especial muy venenoso también, y... ¡figúrate el resultado!

Sólo te diré que la nicotina, tomada en ciertas proporciones, produce la muerte casi instantánea; y que las hojas de tabaco, maceradas en agua o en vino, convierten estos líquidos en muy peligrosos.

—¿Se me pone el flequillo de punta?

—No es para menos. A mí me da verdadero

horror ver a los niños fumando. Aparte de las razones que acabo de exponerte respecto a los peligros del tabaco, resulta que estos niños que quieren alardear de hombres, adquiriendo prematuramente sus vicios, corren más peligro que los verdaderos fumadores, pues fuman un tabaco pésimo, que contiene cantidades enormes de nicotina.

—¿Pero no tiene siempre el tabaco la misma nicotina?

—Cuanto peor es, mayor cantidad contiene. Si el tabaco habano contiene un dos por ciento, y el de Virginia un tres, siendo los tabacos más caros, ¿qué cantidad de nicotina no llevará el tabaco al alcance del dinero de un niño, y cuántos venenos no contendrán los residuos de tabaco que este niño puede apropiarse sin escrúpulos, sin tener en cuenta que puede haber estado chupando allí un enfermo incurable...? ¿Te das cuenta del espantoso peligro que significa el tabaco para los niños?

—Oiga usted... ¿y me podrá pasar algo a mí, toavía? Estoy temblando, caray.

—Lo celebro. ¡Ojalá que todos los niños que lean esta charla, se asusten lo mismo que tú...! Celebro mucho que hayamos hablado de esto...

—Por mi parte, le aseguro que yo no pienso fumarme, en to lo que me queda de vida, ni las clases...

—Así te librarás de otro veneno tan temible como la nicotina... la ignorancia.

EL NIETO DEL ABUELO

«REINARÉ»

¿Qué me importa que este mundo, se destruya en mil pedazos, y que reuna para hundirse, las mil fuerzas. Belcebú, si al final de la jornada desastrosa, entre Tus brazos, me sostienes y me elevas al jardín de moras Tú?

Toda el alma se este mece, al contemplar los tristes hechos, que en el mundo se suceden, por ahogar tu dulce gloria, pues la patria ya no tiene, como túvo, aquellos pechos, que por Ti, también nos dieron, luz y prez a nuestra Historia.

Bella Historia de laureles, de victorias y grandezas, de guerreros, escótidios y esforzados paladines, flor hermosa, que superas, en perfume y en pureza, a las flores todas patrias, de los líricos jardines.

Sigue Patria pues tu día, hoy cuajada de amargura, por aquellos que desprecian, lo que tú quisiste más. No te importe que hoy te enturbien el cristal de tu ventura, si te quieren y te adoran y te admiran los demás.

No te importe que se cebe en tí, impotente la partida, tú no olvides lo que nunca yo en la vida olvidaré, que un Corazón que es todo amor, todo luz y todo vida, dijo un día desgranando: Yo en España Reinaré.

RAMÓN TEJEDOR CARRERAS

Mahón, diciembre de 1933.

LA PIEL DEL RATÓN DE CHINCHILLA VALE UNA FORTUNA CONSIDERABLE

Seguramente de las pieles más ricas del mundo y que mejor se avienen para lucir las señoras preciosas prendas de vestir es la del ratón de Chinchilla. Estos animales se crían en la República de Chile y es tan extraordinario el valor de una de estas pieles que los americanos han llegado a pagar hasta seis mil dólares por una capa y los ingleses dos mil libras por un manto.

No hay que confundir la piel del conejo de Chinchilla con la del ratón. Esta, como abunda y es más solicitada por su calidad, adquiere precios que alcanzan a verdaderas fortunas. El conejo habita en las montañas de Chile y Perú y tiene una talla inferior a la de nuestros animales semejantes. Los ratones de Chinchilla son tan raros y tan interesantes como una mina de oro, si se les pudiera cultivar vivos. Pero las ratas se van extinguiendo por las grandes batidas y castigos que se le han dado en aquellas zonas donde tanto abundaban en otros tiempos pasados.

LA CURIOSIDAD

El que escucha, su mal oye, dice un antiguo refrán. Yo añado, que quien tal hace su mal se suele encontrar, pues no sólo se refiere a sufrir un mal moral este refrán tan sabido como sabio de verdad, que muchas veces produce un dolor de lamentar que el físico deteriora... Si no... que lo diga Blas, el chiquillo entrometido, que por quererse enterar de cuanto hablan los mayores en perpetuo acecho está, y hace unas cuantas semanas se hallaba en empeño tal, viendo por la cerradura del despacho, a su papá, que hablaba con un amigo de asuntos de gravedad, cuando oyó que las palabras eran disputa formal, pues los dos hombres gritaban si uno fuerte el otro más, con gran gozo de chiquillo y espanto de su mamá...

De pronto, el padre, furioso, en un violento ademán, la puerta abrió del despacho, dándole con ella a Blas en las curiosas narices, que empezaron a sangrar, mientras el chico gritaba...

Y le dijo su papá: —¿Quién imaginar podía que aquí pudieras estar?... «¡Te has merecido el porrazo, y algunos porrazos más!» El chico, en las posaderas recibió el premio a su afán, «El que escucha, su mal oye, y el mal se suele encontrar.

No tengáis, niños queridos ese vicio de escuchar, vicio funesto y cobarde... ¡no echéis en olvido a Blas!

NOEL

Lo que todos debiéramos saber

EL OLIVO

Tiene el olivo grandiosa importancia. Este árbol se cultiva en todos los climas menos en los cálidos. Para su abono se emplean sulfatos y extractos de animales. Este árbol produce aceitunas, cuyo producto se recoge en España durante el período invernal. Recogido el fruto, se lleva al molino, donde se tritura en prensas hidráulicas, convirtiéndose en aceite, y la cáscara sirve de alimento para los animales y también para el fuego. Una de las partes que sobra, sirve para la fabricación del jabón de aceite.

El aceite es uno de nuestros principales alimentos.

El olivo pertenece a la familia de las oliváceas. Los labradores lo cuidan mucho, y a ser posible, lo prefieren a los otros árboles.

Entre estos árboles se pueden poner otros, almendros y frutales, etc.

Sus hojas son perennes y sirven para alimento de los gusos, como cabras, bueyes, etc.

Uno de los principales cuidados que requiere es la poda, que debe realizarse en años alternos.

En estas condiciones fácilmente produce aceitunas y en gran cantidad. En España constituye una de las más grandes riquezas. La exportación de aceite nos reporta mucho dinero.

Debemos, pues, fomentar mucho el cultivo del olivo y prodigarle toda clase de cuidados.

JUAN SOTERES

El saco encantado

El tío Juan obtuvo una buena cosecha de patatas y estaba muy contento, porque aquel año iban muy caras y, por lo tanto, se las pagarían a buen precio.

Un día, mientras el señor Juan se encontraba en la taberna tomando café en compañía de otros labradores, les explicaba, lleno de satisfacción, los beneficios que pensaba obtener de la cosecha de aquel año.

—Lo que debes procurar—le dijo un labrador, muy entendido en la agricultura—es que no se te pudran.

—No lo creo, porque las tengo ensacadas en el granero.

—Pues procura que el calor no les haga salir yemas.

—Lo que veo difícil, toda vez que he dejado el granero abierto para que circule el aire.

El señor Juan iba explicando, en voz alta, todas estas cosas, sin darse cuenta de que en una mesa muy cerca de la que él estaba, había tres sujetos, de muy mal aspecto, que lo escuchaban con mucha atención haciéndose signos de inteligencia después de cada manifestación que hacía el señor Juan.

Al día siguiente, el señor Juan subió al granero y le pareció que faltaban sacos. Los contó y vio que había veintidós.

—Juraría que ayer había veintitrés.

Al día siguiente volvió al granero y se encontró con que sólo había veintiún sacos.

—No quisiera equivocarme, pero me parece que había veintidós.

Y así pasaron algunos días observando que cada noche le faltaba un saco de patatas.

No pudiendo adivinar quién era el autor de aquel robo nocturno, sospechó que fuese Garibaldi, que era su criado, hasta que terminó por decirle:

—Mira, Garibaldi, cada noche desaparece un saco de patatas. Yo creo que tu debes saber algo y por eso te advierto que si mañana falta otro saco, considérate despedido. Son quince los que me faltan y no quiero que pase de aquí.

Garibaldi se puso la mano en el pecho, tal como acostumbraba cuando quería hablar de algo grave.

—Mire usted, señor Juan. Yo soy completamente inocente; yo no sé nada de los sacos de patatas, ni encuentro justo sospechar, ni me haga culpable de las faltas de los demás echándome de esta casa, después de tantos años de servir en ella, sin que nunca le haya faltado nada.

—Esto es cierto, pero yo no me entiendo con razones. Si mañana me encuentro con un saco menos, ya lo sabes, te buscas trabajo en otra parte.

—Siendo así, ya sé lo que he de hacer.

Y sin añadir ni una palabra más, esperó que oscureciera.

Cuando ya había anochecido, Garibaldi subió al granero y se puso dentro de un saco, atándolo de manera que pudiese desatarlo por dentro. Como precaución se llevó consigo una aguja de regulares dimensiones.

Cuando tocaban las doce en el campanario del pueblo vecino, oyó un rumor de palabras bajo la ventana del granero. Al poco rato oyó como si apoyasen una escalera en la pared y a continuación notó unos pasos dentro del granero.

Garibaldi dejó de respirar para evitar todo ruido; de pronto se sintió llevado en hombros.

Y cuando ya le habían bajado, oyó como decían:

—Tomad la escalera y vámonos.

Después de andar un buen rato, notó que lo entraban a una cueva, dejándolo allí.

El que lo había llevado en hombros, dijo a los otros:

—A dejar la escalera y nos encontraremos en la taberna.

—Hasta luego—dijeron los otros.

El ladrón que había llevado el saco se quedó para vaciarlo, pero tan pronto lo cogió, sintió un pinchazo muy fuerte y saltándolo exclamó:

—¡Qué bicho debe haber entre las patatas!

Probó de cogerlo otra vez y un nuevo pinchazo le obligó a dejarlo.

—¡Debe haber alguna bruja!—dijo entre sí el ladrón, muy espantado.

Pero, avergonzándose del miedo que había sentido, volvió a cogerlo. Otro pinchazo y lleno de espanto, exclamó:

—¡Ay pobre de mí, este saco está encantado!

Garibaldi que era, en realidad, el autor de los pinchazos, al oír aquella exclamación, no pudo contener una carcajada que hizo incluso mover el saco.

—¡Hola, hola!—dijo el ladrón.—¡Os habeis descubierto, amigo! ¡Pronto sabréis los resultados de estas bromas! Voy a avisar a mis compañeros y en seguida notareis el gusto que se siente dentro del río, atado dentro de un saco.

Garibaldi, al oír aquello, se alarmó un poco, como es de suponer, maldiciendo la carcajada que le había descubierto, pero de pronto se le acudió un medio de salvación.

—Escucha un poco antes de ir a buscar tus compañeros. Si tu te vas, yo podré escaparme y no podrás tirarme al río; lo mejor que puedes hacer es mandar un aviso para que vengan a ayudarte.

—Tienes razón—respondió el ladrón.

Y haciendo un silbido, acudió un rapazuelo, que era el criado de los ladrones, diciéndole:

—Corre a la taberna del pueblo y comunica a mis compañeros que dentro del saco de hoy no había patatas, sino un hombre, que es preciso tirarlo en seguida al río; así es que no tarden.

Mientras tanto, Garibaldi se había desatado y, gracias a su fuerza, consiguió amarrar fuertemente al ladrón, metiéndolo dentro del saco con la boca tapada para que no pudiese gritar.

No quiso esperar el resultado de su obra, al contrario; se fue corriendo a avisar a la policía, diciendo que fuesen a la orilla del río donde encontraban dos hombres tirando al agua un saco, dentro del cual había un ladrón.

Los guardias se pusieron en camino, acompañados de Garibaldi, escondiéndose al llegar a la orilla del río.

A los pocos momentos se presentaron los dos ladrones con el saco, y cuando se disponían a echarlo al agua, salió de su escondite, Garibaldi juntamente con los guardias, cogiéndolos presos.

Grande fue la sorpresa de los ladrones al ver que iban a tirar al río a uno de sus compañeros.

Después de llevados a la cárcel, Garibaldi fue con un carro a la cueva de los ladrones de donde se llevó todos los sacos de patatas que habían robado al señor Juan.

Todo esto lo hizo durante la noche y, por lo tanto, su amo no se dio cuenta de nada.

Una vez los sacos en el granero, se puso a dormir tranquilamente y, al día siguiente, cuando don Juan fué al granero para ver si, como de costumbre, faltaba un saco, su sorpresa no tuvo límites al ver que, en vez de faltarle uno, habían vuelto los quince desaparecidos. Esto le hizo suponer que, o bien se trataba de un milagro, o bien Garibaldi era el autor de las sustracciones, pues, era lógico suponer que si los sacos habían vuelto a su lugar, era porque Garibaldi los tenía escondidos y los había devuelto por temor a ser despedido.

Esto es lo primero que pensó el señor Juan.

Entonces fué a despertar a Garibaldi y le dio cuenta del milagro.

Este se puso a reír y después explicó, con todos los detalles, todo lo que había hecho durante la noche, sin olvidarse de decir a su amo que los ladrones ya no le robarían ningún saco más, porque estaban encerrados en la cárcel.

El señor Juan, agradecido, aumentó el sueldo a Garibaldi y le pidió perdón por haber dudado de su honradez.

Cuando el señor Juan murió, legó todas sus propiedades a Garibaldi, quien tuvo mucho cuidado en no dejar abierta la ventana del granero. Desde entonces vivió feliz y contento, siendo el premio de su fidelidad y honradez.

Y aquí da fin la historia del saco encantado.

UN RARO PAÍS

Costumbres salvajes

En la América Central existe un raro país cuyas costumbres y cuyas fiestas ponen de relieve el grado de incultura y de salvajismo en que sus habitantes viven. No es posible que estando y teniendo tan cercanos pueblos civilizados se produzcan en este país los hechos que más adelante iremos reseñando.

Digamos primero que Arabai es un territorio cerrado por inmensas colinas erizadas de crestas afiladas y laderas embujadas. Nada de vegetación porque todo lo que allí pudiera desarrollarse muere ante la brasa de un sol de hoguera.

Tiene pueblos numerosos este país y casas tan singulares que sus habitantes se construyen. Una arquitectura tan original como la que se admira en sus edificaciones difícilmente la podría copiar en Europa.

Son estas gentes tan supersticiosas y fantásticas que no podría combatir el error ni aún con todas las razones de la lógica. No atienden a nadie. Su credo es uno y el hombre civilizado que pretende guiarle por un camino distinto es un atentador a su fé y a su religión.

No nos sorprenderá que estas razas humanas siempre estén temerosas y esperando algún castigo divino. Para amprobar los efectos de cualquiera de estos maleficios, ellos ya se cuidan al construir sus viviendas, de hacerlas verdaderos reducidos que difícilmente se puedan franquear en son de guerra, si no es a cambio de la vida.

Un solo agujero es la puerta de acceso y amparada en esta fortaleza que es su casa, realizan todas sus prácticas creyentes seguros de que nadie ajeno a ellos podrá perturbar ni descubrir sus rezos.

La principal tribu que puebla este extraño país, es la conocida por el nombre de Hopis. Es-

tán diseminados en pequeñas fracciones por todo el territorio. Cada una de estas agrupaciones dirige todos los actos de ella. A pesar de ser iguales, nunca se reúnen unas tribus con otras y todas las cosas, incluso para la celebración de fiestas que se rigen por el gusto de los respectivos de las fracciones.

Peró solamente una vez en el año es cuando todas estas tribus dispersas aisladas se congregan y agrupan en una gran hermandad para la celebración de las grandes fiestas conmemorativas de su fe. De todos los rincones del territorio llegan centenares de indígenas para asistir a estas sensacionales diversiones.

Los recojos en los cuales se congregan tantos hombres, incluso mujeres y niños son especialmente dedicados al culto. El jefe más viejo de las tribus es elegido para presidir los festejos. Como la mayor parte de estos actos de los indígenas, están dedicados al culto.

Las danzas, los simulacros de combates, los encantamientos de serpientes venenosas y el sacrificio de animales, constituyen el índice fundamental de las diversiones que tienen además el sentido del rito y de la plegaria.

La plegaria es una oración dicha en memoria de los antecesores. Unos veinte oficiantes elegidos cuidadosamente por los jefes de cada una de las tribus que asisten a estas ceremonias, se reúnen en lugares determinados. Los indios les rodean en círculo.

Ya en el terreno llano, estos intérpretes del rito, hacen un agujero en el suelo. Se postran ante ellos y comienzan a prorrumpir en exclamaciones y alaridos estridentes. Los creyentes le imitan y la algarabía y el estrépito es infernal. Cuando mayores sean en fuerza las exclamaciones y los gritos, mejor beneficio habrá de venir para el creyente.

Logran los indios por la práctica de este rito que acabamos de reseñar merecer de sus antepasados la protección constante. Se da el caso que algunos de los oficiantes tan fiero entusiasmo ponen en la práctica del culto que caen abatidos, extenuados y en algunos casos, medio muertos en la ejecución de la extraordinaria plegaria.

Otro no menos sorprendente culto es el del encantamiento de las serpientes venenosas. Nada de reptiles en estado especial de impotencia o insensibilidad. Serpientes vigorosas en plena y poderosa vida, capaces de llevar la muerte en su picotazo venenoso.

A una señal convenida, los oficiantes o encantadores salen llevando en sus manos y brazos enroscados, los reptiles venenosos. Como en el culto anterior, los gritos, las exclamaciones y los alaridos presiden este concierto exótico de voces en las que parece quieren darse a entender por los oficiantes que invocan en sus plegarias el fervor de sus dioses.

Llegan a enardecerse tanto estos hombres que a veces en el paroxismo de la devoción, muerden a los reptiles sin que éstos se rebelen. Ello constituye el milagro del encantamiento y la fuerza sugestiva de quienes practican tan extraña hazaña, que les hace completamente inmunes al dño del animal, insensibilizado o dormido ante aquel griterío de las tribus.

Imp. de M. Sintet Rotger.-P. Pablo Iglesias, 17.-Madrid

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

Por RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(75)

gran señor contestóle tranquilo, sin incorporarse siquiera, alargando el brazo hacia la vitriera multicolor, por donde se veía un retazo de cielo color plomo y una lluvia copiosa que seguía cayendo sin interrupciones.

—¿No ve usted que hoy el día está gris?

XVIII

El amor, de amar

Me querías Príncipe. Tus palabras fueran aceradas, videntes, profecía... Me dijiste que amaba a Gloria, y a despecho de mi orgullo, como si Dios quisiera castigarme por mis bravatas, he de confesarme enamorado de la señorita de Rospide.

No es una pasión fugaz, meteorica,

en la que los sentidos ven la dorada perspectiva del placer, el risueño panorama del goce... Este es el amor de amar, que ha llegado por sus pasos contados, que se ha deslumbado el primer día por un resplandor de belleza y después ha ido quedando eslavado de una condición buena hoy, mañana de un generoso sentimiento; más tarde, de un divino fulgor de inteligencia...

No sé cómo explicarte la intensa suavidad de este cariño... Es algo esplendoroso y puro, como un afecto fraternal; dulce y sereno, como una caricia de madre. Algo que, anima, que conforta, que alienta y hace surgir el optimismo... Y a pesar de ser ella tan hermosa, no es de su hermosura de lo que estoy prendado; es de la belleza espiritual que posee espléndidamente como un don de Dios.

Por segunda vez, en muy poco tiempo, te hablo de amores en mis cartas; de amores sin esperanzas, porque en la ocasión presente, Gloria Rospide es un imposible para mí. Es, en primer lugar, novia de Ardieta, y aquí comienza la primera parte de las confidencias que quiero hacerte...

¿Quieres Gloria a su novio con el amor ilusionado y ardiente, puro y material a la vez, que una muchacha debe sentir a los dieciocho años?

Yo les observo cuando en sus breves apartes furtivos cambian un apretón de manos en el vestíbulo al despedirse, y he notado que la caricia es ardorosa y tierna en el novio; y forzada y seria en la de ella, como un deber que se cumple por educación y por conveniencia... ¿Es posible que ese instante sabroso (porque no cabe negar que ese momento de la despedida, escamoteado a la observación de los extraños, debe serlo) no tenga para ella el encanto, la seducción irresistible de lo nuevo, la sensación exquisita de libertad, la dulcedumbre de trenzar con los labios nuevas palabras que delante de los demás dictaba tímidamente el corazón, el afán de expresar con fórmulas sinceras y elocuentes esos deseos vagos, confusos, de la adolescencia, que no se pueden definir, pero que alborotan la sangre y trastornan los nervios con sobresaltos locos, ensueños y quimeras...

No... Gloria es sobradamente fuerte para que no experimente nada físico

ni espiritual al contacto del hombre que ama. Moralmente, posee un alma tan delicada y tierna, tan sensible a las impresiones de amor, que he visto asomarse a sus ojos raudales abundosos de lágrimas, cuando una página sublime o una frase musical inspirada la han conmovido... Y yo la veo cuando en el salón de los Tapices se sienta con Ardieta en el diván en que tú te sentabas con ella, seguir el rumbo de sus frases sin alterarse lo más mínimo, sin que sus ojos azorados busquen la caricia impalpable de los de él, que apasionados la buscan llenos de ansia, sin que un rasgo de su fisonomía se turbe, sin que su cuerpo adquiera ni una sola de esas actitudes inconscientes de abandono que son la sublime expresión de lo inexpresable...

Y esa calma, fija, hierática, sin alteraciones súbitas, sólo tienen un nombre que tú ya le diste: indiferencia. ¿No ama a Ardieta?... Ella lo dijo; no le amaba, pero esperaba amarle. Y yo voy viendo que el amor no bate sus alas sobre ella.

Creo, en cambio, que su afecto por mí, adquiere mayores proporciones

cada día. Me sonrío con una sonrisa casta y suave que me estreñece de alegría y temo engañarme, pero creo que algunas veces, al mirarme, tienen sus ojos una luz que no he visto nunca en ellos cuando miran a Ardieta.

No quiero decir que me ama... (¡Dios no lo quiera!, sería una desgracia!), pero, ¡costaría tan poco trabajo conseguirlo!

Cuando beso sus manos con un ardor que en vano quiero reprimir, mis labios tiemblan y ella palidece, se turba, y... ¡huye como un pájaro asustado...

Cuando estamos solos, bajo los pinos o en la amable semioscuridad del salón los días lluviosos, no nos decimos nada. El silencio lo dice todo por los dos y es así más elocuente y expresivo nuestro lenguaje. Luego nos miramos largamente y yo no sé lo que ella verá en mis ojos de esta locura inflexible del amor, que se levanta inquieto y habla con apresuramiento de cualquier cosa trivial, como para sustraerse a un poder de sugestión invisible.

¡Oh, si yo quisiera, Pedro, que fueras más bello!